

## A modo de pórtico

Elena Anníbali

*Lírica es una voz desnuda en la impudicia de volver sobre sí y hallar, en lo profundo del yo, aquello que lo rebasa;* de esta manera Diana Bellessi habla de la voz que, al mismo tiempo que lo sostiene, habita el poema. La voz como un desprendimiento, una emergencia del cuerpo que, hecha del soplo, se aloja allí donde el lenguaje enseña sus pliegues.

Cuerpo y poesía, entonces, se llaman a aparecer, o acaso sea más adecuado decir junto con Raúl Dorra, a *comparecer* en el acto poético.

A propósito de estas inquietudes o certezas, digo: la voz, el lenguaje, la poesía (su oficio y sus reservas), estas Jornadas del Norte Argentino de Estudios Literarios y Lingüísticos tuvieron su cierre con una entrevista a la poeta cordobesa Elena Anníbali quien, a partir de un recorrido por su obra, fue trazando un itinerario en el pensamiento y la reflexión con el que nos invitó a ponernos en *con-tacto*, desde otro lugar, con el espíritu que alentó dichas Jornadas, esto es "Érase una vez... la Naturaleza".

Haciendo lo propio, por nuestra parte, les invitamos al disfrute de ese itinerario que la poeta ha llevado a la escritura. Escritura que, al mismo tiempo que inicia el recorrido de la lectura de los trabajos aquí reunidos, inscribe su acto inaugural:

### La muerte

Repasábamos, en una charla con Álvaro Zambrano, el tema de la muerte en poesía: cómo se proyecta en el género, y por qué o cómo los poetas seguimos haciendo búsquedas literarias en tal tema.

Claramente sigue siendo productivo y va a seguir siendo así, porque es fuente inagotable de especulación. Es productivo en la medida en que – alejados de las respuestas cristalizadas que puede brindar un sistema de creencias- es comprensible y –por qué no- esperable, que mientras haya una sociedad capaz de seguir haciéndose preguntas, algunas necesariamente giren en torno a la muerte.

La lírica, en este punto, parece hermanarse con la filosofía a través de las vías de la especulación. Solo que la filosofía –también la religión- suele preguntárselo dentro de dispositivos de discurso un poco más estructurados. La poesía, en cambio, lanza la pregunta, la imagen, o la anécdota desde una

voz lírica singular, que enlaza, en el mejor de los casos, con otras experiencias, tornando aquella pregunta, aquella imagen o aquella anécdota, universal, en el mejor de los casos. En otro sentido, el yo lírico, en esa singularidad en la que se realiza, permite desarrollar esa privada –por no decir original- manera de percibir el conflicto de la muerte, y a la vez enriquecer, y también perturbar, las maneras normalizadas de comprender.

En relación a los recursos de los cuales se vale la poesía, la pregunta retórica se aviene muy bien a esta apertura, no hacia la respuesta, sino al desconcierto, que es la actitud natural de la humanidad ante el misterio de la muerte. En ese recurso, participa la voz lírica, no para generar ninguna clase de sabiduría, o con un ánimo de clausura, sino como constancia de esa falla en el saber. Es esta *falla en el saber*, su constancia en el poema como permanente preguntar y re-preguntarse, la idea de que es posible seguir hablando infinitamente sobre un hecho último y definitivo sobre el que no nos es dado ir más allá, el fuego que alimenta y a la vez consume el acto creativo.

### **La naturaleza**

Siendo que la naturaleza es el tema convocante de estas jornadas, no podía dejar de hacer mi pequeño aporte sobre él y cómo, en mi experiencia de escritura, se manifestó en mi poesía.

Algunos reseñadores han leído en algunos de mis libros algo que han dado en llamar *poesía rural*. Es curioso cómo apuran los conceptos, pues leyendo la poesía escrita en las grandes urbes, escrita por personas que viven allí, yo no me animaría a llamarla *poesía citadina*, o *poesía cosmopolita*, por ejemplo. Y sin embargo, rara vez, –quizá en los inicios de la modernidad- la idea del locus como significante único, que marcaba, ordenaba y controlaba todo el poema, adquirió tanta relevancia. Quizá por oposición a la idea de la poesía del paisaje. Pienso en Madariaga, en Juanele, en Bustriazo Ortiz, en Gola –por qué no- y hasta en la mismísima Estela Figueroa, esa maravillosa poeta que escribió desde la cercanía y la inmediatez de las cosas para ensamblar, en esa cercanía, los grandes temas, los clásicos temas de la humanidad. En todo caso, ¿qué es aquello que constituiría una poesía rural? Y por oposición a qué otra poesía que nombra –o que intenta nombrar, como la mía- los temas que acucian a esa voz lírica que –no perdamos de vista- sigue siendo un recurso retórico, como cualquier otro.

En *tabaco mariposa*, publicado en la editorial Caballo Negro, en 2009, aparecen algunas figuras: un terraplén, un pajonal, un tanque australiano, unas cluecas, no mucho más de ese ambiente rural, y sin embargo, el ojo se ha detenido ahí. Pero lo que yo quería hacer, era usar parte de ese paisaje como trasfondo para hablar de otras cosas: la soledad, la muerte, lo femenino, lo sentimental. ¿Por qué? Porque es un paisaje conocido, pero siempre cambiante, siempre sujeto a mutaciones, y nunca liso, ni tan sólido, ni tan cristalizado como para poder definirlo, ni siquiera como programa de escritura.

Esta naturaleza que va a aparecer en este libro fue, entonces, pensada como un trasfondo, pero no solo como paisaje soporte de estos personajes y situaciones delineadas en los poemas. Hay, también, una naturaleza social, llamémosle así. Una forma de ser, una forma de comportamiento, una ideología. Este libro quería hacer trascender un número muy pequeño de historias mínimas, de sujetos mínimos, border, al límite de la fantasmagoría y la desaparición. Criaturas lumpen viviendo sus fugaces vidas en los límites de una Historia contada por otros. Tampoco fue mi intención ponerle voces a esas voces, olvidadas y enterradas en sus largos e inéditos silencios. Estas pequeñas historias, dentro de la Historia general de los acontecimientos podían ser insignificantes, pero habían configurado, para mí, una forma de mirar, muy primaria, quizá, pero era una forma de mirar cuya riqueza consistía en empezar a administrar la memoria.

No solo las ciudades tienen memoria, o cuerpo, o voces.

Elena Anníbali